

los se hallaba en la puerta y tenia en la mano un pliego cerrado que entregó á Marietta. Esta le tomó con distraccion, despues de haber preguntado con profunda ansiedad al muchacho:

—¿Ha vuelto el niño?

—No, señorita, contestó Cárlos.

—¿Lo ve usted, madre?—dijo Marietta volviéndose á la anciana, y corrió como loca en direccion de Pésaro.

Allí buscó inútilmente á su hijo en los parajes mas concurridos, y á todas las personas que encontraba al paso las detenia preguntándoles si le habian visto. Algunas de estas gentes, que la conocian, le contestaban con interes y le ofrecian darle noticias del niño si le encontraban; otras, que jamas la habian visto, se encogian de hombros y la juzgaban loca. Del mercado y de las calles principales fué al puerto, siempre indagando, siempre deteniendo á todos y preguntando por el niño. Los cargadores del muelle se disponian á volver á sus habitaciones; los botes estaban atracados á la orilla del Foglia; las tranquilas aguas del rio reproducian los rayos de la luna que las hacian aparecer de plata; todo estaba en silencio; no habia un indicio siquiera de que el niño hubiera pasado por allí. Los cargadores á quienes se dirigió Marietta no le habian visto.

La angustia de la pobre madre era horrible. De pronto se quedó con la vista fija en un esquife que abandonaba el puerto; un hombre estaba sobre cubierta y su negra figura se destacaba como una sombra en el fondo azul del horizonte. Los ojos de Marietta, como atraídos por una fascinacion extraña, permanecieron fijos en aquella sombra. A poco, un estremecimiento extraordinario recorrió todo su cuerpo, lanzó un grito desgarrador y cayó cuan larga era en la húmeda arena de la playa.

XI.

Paco el zurdo.

Algunas semanas despues de los sucesos que acabamos de referir, y en una noche tempestuosa y horrible, un hombre envuelto en una ancha capa, y la cabeza cubierta con un sombrero de grandes faldas, iba por las calles de Cádiz recibiendo en el cuerpo el soberbio chaparron que se desprendia de las preñadas nubes, y hundiendo á cada momento los pies en los charcos que encontraba á su paso.

Si algun curioso hubiera tenido valor para seguirle de cerca, á pesar de lo espantoso de la noche y de la oscuridad de las calles, habria oido sin duda los tremendos tacos que se escapaban de sus labios cada vez que sentia la fria impresion del agua en los pies. Aquel hombre juraba y renegaba como un carretero, ó como un pollo de nuestros dias que quiere darse aires de hombre y de valiente.

Iba en direccion del Trocadero, y á juzgar por su desesperacion y por lo empapado de su ropa, venia de muy léjos. Al

fin se detuvo ante una puerta sucia y pequeña, coronada por una muestra imposible de leerse en tan oscura noche, y llamó de una manera particular.

En la habitacion á que daba entrada aquella puerta debia haber gran reunion á juzgar por el ruido de vasos y los destemplados gritos que á pesar del chubasco se oian desde la calle.

El embozado, despues de aguardar un momento á que le abrieran, llamó de nuevo con mas fuerza, lanzando como por vía de apéndice una interjeccion enérgica.

—¡Van!—dijo entónces una voz cascada desde adentro.

—Pues ya era hora, ¡voto á sanes!—contestó el que llamaba, mas impaciente que ántes.

—¿Quién es?—continuaron de adentro.

—Abre, con mil diablos, Espigada del infierno, que me hielo.

—¡Calle! es Paco—repitió la voz, y se abrió la puerta.

El hombre á quien llamaban Paco, apénas oyó el ruido de la llave en la cerradura y que retiraban la tranca, empujó brusca-mente la puerta, y habria echado al suelo á la mujer que le recibia, si esta, acostumbrada sin duda al génio de pólvora de su parroquiano, no hubiera tenido la precaucion de retirarse á tiempo.

—¿Que es esto, Espigada? ya se hace aguardar á la puerta de tu casa á la gente?

—¿De donde sales, alma condenada, que no se te ha visto por aquí hace tanto tiempo?

—De casa de tu abuela, maldita.

—¡Pues gasta buen humor el niño!.....

—Y á nadie le importa, ¿lo entiendes?

Miéntas este diálogo tenia lugar, los dos interlocutores habian atravesado una pequeña pieza, completamente á oscuras, y llegaban en el momento en que Paco pronunció las últimas

palabras, á la puerta de una habitacion medio alumbrada por un mal candilejo de aceite.

En el momento de abrir la puerta, gritó la mujer, dirigiéndose á los que en aquella pieza estaban y haciendo una inclinacion burlesca al que la acompañaba:

—Aquí tienen ustedes al muy ilustre Paco Fernandez, conocido entre la gente por el Zurdo, para lo que ustedes gusten mandar.

—¡Que viva! gritaron á una voz siete hombres, levantándose de los asientos que ocupaban al derredor de una mesa, y dando palmadas.

Estamos en la pieza interior de una taberna; en el centro hay una mesa de palo blanco angosta y larga, y rodeada de taburetes del mismo color y de la propia materia; algunas mesas mas pequeñas están junto á las paredes, y en uno de los rincones hay un pequeño mostrador sobre el cual se ve una bandeja que contiene vasos y algunos platos con queso, bizcochos y salchichones, y en el aparador á que sirve de muralla, lucen algunas botellas de aguardiente y de jerez.

Paco Fernandez se quitó el sombrero y la capa que escurrian el agua á chorros, y fué á sentarse junto á los que habian aplaudido á su llegada. Si nos fijamos un poco en él le reconoceremos facilmente; es el desconocido de la iglesia de la Misericordia, el que arrebató al niño Mário, y á quien no habiamos vuelto á ver desde aquella tarde fatal.

Los demas parroquianos de la taberna tenian fisonomías vulgares, á las que la costumbre de la embriaguez y del crimen daba una expresion de embrutecimiento que era como el aire de familia que habia entre ellos, y que los hubiera hecho pasar por hermanos.

Uno por uno fué á estrechar la mano de Paco Fernandez que estaba taciturno, y que desde su pequeña escaramuza de lengua con la Espigada guardaba el mas profundo silencio.

—Danos del fino, Espigadita,—gritó con voz chillona uno de aquellos personajes—tenemos que celebrar la vuelta de Paco y fuerza es que lo hagamos como lo manda la Santa Madre Iglesia; con el de consagrar.

—Cállate, borracho,—contestó la mujer—si dices blasfemias te lleva el diablo.

—Que mas diablo que tú, flaca de mis pecados; cuando vea yo al verdadero no me ha de causar novedad, acostumbrado como estoy á verte todos los días.

—Ahora si creo que estás borracho, Estreñido; ¿quien te ha contado que hay diablo, tonto?—dijo otro de aquellos hombres, que no gastaba barba y tenia el pelo corto.

—Donde el Cura lo dice, estudiado lo tiene; y este sí que es voto: no hay mas diablo que la Espigada.

Esta se santiguó.

—Eh! dejémonos de sandeces y venga el vino,—interrumpió bruscamente Paco Fernandez.

La tabernera puso encima de la mesa dos botellas de vino y un vaso para Paco y se sentó junto á sus parroquianos.

—¡Por el Zurdo! dijo uno de aquellos hombres levantando su vaso.

—¡Por el Zurdo! contestaron los demas y vaciaron los suyos.

Pronto dieron cuenta de las dos botellas, y la Espigada se apresuró á reponerlas, á una señal imperiosa de Paco, que se repetía cada vez que las botellas que habia en la mesa se desocupaban.

El hombre junto al cual habia tomado asiento Paco, tenia, á pesar de ese aire de familia con los demas que hemos hecho notar al presentarlos á nuestros lectores, una fisonomía inteligente y con cierto carácter de distincion que en vano se habria buscado en su compañeros.

—Tenemos que hablar, Doctor,—le dijo Paco al sentarse—no hay que beber mucho.

—Pierde cuidado.

Cuando hubo desaparecido por entre los labios de los comensales de la Espigada el contenido de mas de ocho botellas de rico jerez pálido, ya nadie podia tenerse en pié; algunos que quisieron levantarse para marcharse, rodaron debajo de la mesa; otros, no pudiendo abandonar su asiento, clavaron la cabeza en el lugar que ocupaban sus vasos, y Paco y el Doctor, únicos que conservaban la razon, salieron juntos de la taberna despues de haber pagado su cuenta á la Espigada.